

Todos los cristianos pueden ejercer el sacerdocio común de los bautizados

**ForumLibertas.com**

Casi al final del *Año Sacerdotal*, en la celebración del Corpus Christi, **Benedicto XVI** ha explicado por qué y cómo Jesucristo es sacerdote.

Ante todo, no es sacerdote a la manera de los sacerdotes judíos. De hecho, Jesús tomó distancia de una concepción ritual de la religión, criticando la postura que daba mayor valor a los preceptos humanos ligados a la pureza ritual más que a la observancia de los mandamientos de Dios, es decir, al amor de Dios y al prójimo, que como dice el Evangelio, *“vale más que todos los holocaustos y sacrificios”* (Mc 12,33). Esta actitud se tradujo, dentro del Templo de Jerusalén, en el gesto de expulsar a los cambistas y vendedores de animales, que servían a la ofrenda de los sacrificios tradicionales.

La *Carta a los Hebreos* dice que Jesucristo es sacerdote *“según el orden de Melquisedec”*, que ofreció pan y vino. También Jesús —explicaba el Papa— ***“ofreció pan y vino, y en ese gesto se resumió totalmente a sí mismo y a su propia misión”***.

Jesús se hizo *“Cordero de Dios”* que quita los pecados del mundo, grano de trigo que muere en tierra para dar mucho fruto. Se entregó a la muerte por el amor a su Padre y a todas las personas de todos los tiempos. Pues bien, ese amor es el Espíritu Santo, que realizó la Encarnación del Verbo, y que *“ungió”* a Jesús como sacerdote, mediador universal de salvación, especialmente en su pasión. Por ese mismo amor, Jesús se da en la Eucaristía a través del pan y del vino transformados en el cuerpo y sangre del Señor, adelantando así su pasión y muerte en la Cruz. De esta manera se *“transforma la extrema violencia y la extrema injusticia en un acto supremo de amor y de justicia”*.

En definitiva, *“esta es la obra del sacerdocio de Cristo, que la Iglesia ha heredado y prolonga en la historia, en la doble forma del sacerdocio común de los bautizados y del ordenado de los ministros, para transformar el mundo con el amor de Dios”*.

En efecto, por el amor del Espíritu Santo, los cristianos ofrecen su vida entera (sus trabajos, su vida familiar y social, sus actividades sociopolíticas, el descanso y la enfermedad, etc.) en la Eucaristía. A la vez que consagra el pan y el vino, *“frutos de la tierra y del trabajo de los hombres”*, el sacerdote-ministro actualiza la consagración sacerdotal de la vida cristiana en cada Misa. Luego, cada uno de los que comulgan reciben a Cristo para vivir con Él día a día, convirtiendo el quehacer ordinario en una Misa, es decir, en una ofrenda de alabanza al Padre y de servicio a la humanidad, para, como dice el Papa, ***“transformar el mundo con el amor de Dios”***.

De este modo —con el alimento de la Eucaristía y en unión profunda con la Cruz— los cristianos pueden ejercer el sacerdocio que poseen desde su Bautismo (sacerdocio común de los bautizados). Muriendo a sí mismos por el amor que ponen en sus tareas, contribuyen a que los frutos de la redención sigan llegando a todas las personas. Este es el sentido sacerdotal de la vida cristiana, que lleva a participar del sacerdocio de Cristo y la misión de la Iglesia, para gloria de Dios y salvación del mundo.

**Ramiro Pellitero. Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra**